

*muein, mustai, deiknumena*, etc., acertadamente en cursiva, pero sin sus respectivos acentos y con la ypsilon transliterada por «u», no por «y» como debe ser y tal como figura en *mysteries* (X, 230-239, etc.). A su vez Colette Caillat, según el prospecto índice de palabras y de autores, del *Centre de Philologie Bouddhique et Jaïna* en París, estudia el jinismo en la palabra *Jainism*. Esta religión, nacida en la India, es llamada «Jainismo, yainismo, jinismo». En sánscrito, los derivados de este tipo se forman diptongando la vocal del radical, por ej. *Siva-saiva, Buda-baudha, Jina-jaina*. Por tanto, la palabra «Jaina» por sí sola equivale al castellano «jinismo», cuyo sufijo significa «derivación, pertenencia». Luego el sufijo «-ismo» debe unirse al originario Jina=«Victorioso», sobrenombre del fundador de esta religión tras obtener la iluminación. De otro modo tendríamos que significaría lo mismo tanto por la diptongación sánscrita como por la sufijación castellana o inglesa: «Jainismo, Jainism». Obsérvese que la «j» se pronuncia como en castellano la «y». De ahí su otra forma «yainismo». Además, si se admite «jainismo» o «yainismo», se dirá también «baudismo» en vez de «budismo».

Los autores de cada palabra son, en general, especialistas en su materia. Lógicamente, como en todas las obras de este tipo, no todos consiguen el objetivo con la misma perfección. No es éste el momento de descender a comentarios pormenorizados a este respecto. No obstante, sorprende que el autor de *Eschatology: An Overview* (V, 149-151, sea profesor de la Universidad hebrea de Jerusalén y que se consagre un artículo —más extenso que el anterior— a la escatología musulmana (V, 152-156), no a la cristiana ni a la de las restantes religiones actuales o antiguas. No sé qué conocimientos sacará el lector del breve apartado dedicado a la escatología cristiana a no ser su confrontación y conformación con la de Qumran. Un objetivo prioritario de esta clase de obras, es reflejar con objetividad los distintos puntos doctrinales, etc., de cada religión en cada materia. En cuanto al cristianismo, predomina el punto de vista protestante-liberal, quedando preteridos el católico y el ortodoxo.

M. Guerra

Henri van STRAELEN, *Selbstfindung oder Hingabe. Zen und das Licht der christlichen Mystik*, J. Kral Verlag («Theologisches»), Abensberg s. f., 96 pp., 12 x 21.

Los títulos académicos del Autor, su docencia durante más de 30 años en Japón (Filosofía moderna y Ciencias de la religión) y su misma

labor pastoral, garantizan la objetividad e importancia de este libro de no muchas páginas, pero denso en contenido y al mismo tiempo de lectura grata. El A., un religioso del Verbo Divino, aúna el conocimiento teórico y práctico del tema, perfectamente acotado en el subtítulo. Los capítulos *Encuentro y entrega. El zen al trasluz de la mística cristiana* (título y subtítulo); *El zen como método de meditación cristiana*; *El zen y el arte japonés*; *Mística cristiana y el misticismo oriental*, son artículos publicados en la revista *Theologisches* en los años 1981-82, completados con un prólogo de J. Bökmann (pp. 5-6) y unas conclusiones y un epílogo (pp. 72-96).

El hombre occidental, ya un tanto extenuado a causa del activismo y del tecnicismo, se ha dejado fascinar en los últimos decenios por la psicotecnia oriental, adaptada a su paladar por los «gurúes» o «maestros» emigrados al Occidente. Más aún, ese hechizo ha saltado también, en no pocos pasos, al recinto eclesial, a los monasterios y movimientos cristianos. No es éste el caso del Autor conocedor del zen en su «propia salsa japonesa». De ahí el interés de este libro y la oportunidad de su posible traducción al castellano a fin de contrarrestar los libros ya publicados de quienes se han dejado seducir por la «autosugestión mística» como Reishauer ha definido el zen. Además extraña que el A. tenga varios libros en japonés, holandés, alemán, inglés, francés, uno en italiano y ninguno en español.

El A. describe los rasgos definitorios del zen y sus recursos: el control de la respiración profunda, el vacío mental, la repetición incansable del «koan» (palabra o frase enigmática de efectos cuasi-mágicos), la iluminación, etc. (pp. 13 ss.). Pero su estudio es sobre todo valorativo. Destaca las diferencias esenciales entre la mística cristiana y el «misticismo» del zen, que reduce a cuatro: 1) La iluminación, meta del zen, es de índole natural, adquirida exclusivamente (en los casos en los que se consigue) por medio del esfuerzo personal; 2) El zen origina la sensación y convencimiento de hallarse «por encima del bien y del mal», de la moralidad; 3) Es «narcisista y asocial». Trata sólo de la superación interior de cada individuo con despreocupación de los demás (persona, familia, sociedad), de los necesitados. El zen margina el concepto y la realidad de la caridad o el amor cristiano de Dios y el prójimo; 4) No es teológico ni simplemente religioso. Prescinde totalmente de la divinidad. El zen es como un recurso de «autosalvación» intraterrena y en el más acá de la muerte como si las causas del malestar profundo e íntimo del hombre moderno fuesen sólo psicológicas y, por lo mismo, superables sólo mediante recursos psicotécnicos sin Dios y sin el perdón y la gracia divinos.

Con la exposición de la doctrina y la praxis zenista así como con

el respaldo externo, testimonial, de los obispos y sacerdotes católicos del Japón, el A. muestra que el zen no sirve ni como simple psicotecnia capaz de facilitar y mejorar la meditación cristiana. Pues, bien aplicados y vividos, son más eficaces los distintos modos de la oración cristiana. Y el A. hace bien en seguir a maestros como Ruysbroeck, Sta. Teresa de Jesús, S. Juan de la Cruz. En cambio considero poco matizada su afirmación que presenta el budismo como «prácticamente siempre panteísta e incluso ateo, nihilista» (p. 18). Hubiera sido muy conveniente un capítulo previo que expusiera el trasfondo budista del zen con su pancosmismo, desacralización o secularización tan radical del panteísmo (más exactamente panenteísmo) hindú, matriz del budismo, que éste es la «única religión» considerada y llamada «atea» no sin razón si se entiende «la religión» y la «divinidad» en su acepción generalizada. Por eso lo que para los no iniciados en el conocimiento del budismo y del zen puede parecer un dato a favor de la aceptación de la psicotecnia zenista por parte de los cristianos, a saber, que en el zen no figura Dios ni dioses, es —junto con la creencia en la reencarnación de las almas— uno de los mayores riesgos de contagio.

Si se tienen en cuenta a los destinatarios del libro, acierta el A. cuando expone el zen de la secta Rinzaï, propagada en Europa no sin éxito por Suzuki, no el de la secta Soto a pesar de ser ésta la más extendida e influyente en Japón. Pues ésta es prácticamente desconocida en Europa por no haber tenido un Suzuki.

El hombre es una persona. Por lo mismo no le pueden satisfacer del todo ni la técnica —occidental— ni la psicotecnia —oriental—. Con palabras de Karol Wojtyła, antes de ser Papa, citadas por el A. (p. 17), «sólo las personas pueden llenar a la persona», en último término la persona divina del Dios-Hombre, Jesucristo, y las divinas personas del Dios Uno y Trino. Lo confirma la fascinación ejercida por los recursos psicotécnicos orientales en los occidentales ahítos de la técnica «cosificadora» al mismo tiempo que proclama la urgencia —tan expresivamente detectada por J. Torello (p. 11)— de directores de almas o guías expertos en humanidad y experimentados en la *cognitio Dei experimentalis*.

M. Guerra

Walter KASPER, *El Dios de Jesucristo*, (traducción por Manuel Olasagasti del original alemán *Der Gott JesuChristi*, Mainz 1982), Ed. Sígueme, Salamanca 1985, 383 pp., 13,5 × 21,5.

Profesor de Teología dogmática en la Universidad de Tubinga desde